

RETORICA, ERUDICION, DOCUMENTACION E INFORMATICA

POR

JULIO GARRIDO.

La adquisición y la transmisión del conocimiento son los dos aspectos fundamentales de la historia cultural de la humanidad; pero los conocimientos que adquirimos por nosotros mismos son muy reducidos frente a los que nos transmiten los autores que nos han precedido y lo que puede haber de original en nuestros estudios o en nuestro pensamiento, sólo tiene valor para los demás si lo transmitimos utilizando algún medio de comunicación, sea hablado o escrito. Por esto los medios de comunicación tienen una influencia decisiva tanto para el que recibe como para el que emite ideas, datos o razonamientos.

Los métodos de transmisión del conocimiento han variado a lo largo de la historia no sólo en su aspecto técnico o material sino también en los principios en que se basan. La *retórica*, que fue la preocupación principal de los autores desde la antigüedad hasta los comienzos de la edad contemporánea, dejó paso a la *erudición* y ésta fue suplantada por la *documentación*. Finalmente, surge ahora otro método que ha recibido el nombre de *informática*.

De la galanura de estilo que preconizaba la retórica se pasó al intelectualismo de la erudición, de ésta a la primacía de lo cuantitativo, o sea, a la documentación y más adelante a una despersonalización de los conocimientos que confía más en los cerebros electrónicos que en la inteligencia individual, y considera más importante la rapidez y la exhaustividad de los datos que la valoración y la jerarquización de los conocimientos.

Cada uno de estos medios tiene sus ventajas, ha producido resultados beneficiosos y ha sido de gran utilidad para la adquisición y transmisión del conocimiento; querer prescindir de ellos puede ser

la causa de que se malogren excelentes empresas intelectuales, pues no se puede desconocer ninguno de ellos y siempre es peligroso mantenerse alejado de las tendencias del tiempo en que vivimos. Ocurre aquí algo análogo a la relación que existe entre la religión y la filosofía, pues a pesar de ser ésta un mero auxiliar para la religión, es peligroso prescindir de ella porque, como dice Etienne Gilson: "*Cuando la religión intenta establecerse sobre las ruinas de la filosofía, lo normal es que surja un filósofo decidido a fundar la filosofía sobre las ruinas de la religión*" (1). Cuando se desprecian los medios auxiliares, éstos acaban, por reacción, en erigirse en rectores, pierden su papel beneficioso y dan origen a desviaciones, aberraciones y errores.

Es importante valorar lo más exactamente posible los aspectos positivos y negativos de los medios auxiliares pues, el encauzarlos correctamente, buscar los límites de su validez y señalar sus peligros siempre será una empresa que redundará en su favor.

La retórica y el retorno del paganismo.

A pesar de que la retórica ha sido desterrada hace años de los planes de estudio y hasta ha adquirido cierto significado peyorativo, llámese como se llame es y será utilizada, consciente o inconscientemente, en todo discurso oral o escrito. Este será tanto más atractivo, convincente y emocionante cuanto mejor se ajuste a las normas estudiadas y establecidas por los antiguos.

La retórica no es sino la forma externa, la arquitectura precisa y fluida de una exposición, el lógico encadenamiento de la argumentación. Pero el discurso, por muy hermoso que sea, puede también hacer aparecer como verdadero lo que es falso, como justo lo que es injusto y como bello lo que es feo. Puede llegar a desarrollar, cuando se utiliza de modo indiscreto, la idea que en todo existen razones opuestas más o menos simétricas y, como decía Protágoras, puede convertirse en el arte de hacer buena la razón mala.

Este auxiliar puede convertirse en perjudicial: en primer lugar

(1) E. Gilson: *La Unidad de la experiencia filosófica*, Madrid, 1973 (Rialp), pág. 48.

para el mismo que lo utiliza, pues fomenta la vanidad y le incita a buscar el lucimiento en su exposición a la cual va unida, las más de las veces, la adulación de las pasiones y prejuicios del auditorio al que se dirige. Más pernicioso resulta el abuso de la retórica cuando al soçaire de una bella exposición se introducen deliberadamente ideas malas o falsas o se desvía la atención de los auditores o lectores a problemas secundarios que actúan como cortina de humo para introducir ideas de contrabando.

Algo de esto es lo que pasó a mediados del siglo xv cuando se resucitó el interés por los autores de la antigüedad y se puso en boga de nuevo la mitología y la filosofía pagana con el pretexto de cultura literaria, de arte oratoria o de galanura de estilo. Resultó así una paganización de la educación y, como consecuencia, un abandono paulatino del interés por las verdades de la Religión en aras de un humanismo que empezó llamándose cristiano pero que llevaba ya el germen del virus de la descristianización que había de desarrollarse desde el siglo XVIII hasta alcanzar su máxima virulencia en nuestros días (2).

La erudición y el desarrollo del cientifismo.

Quizás la época en que alcanzó mayor preponderancia la retórica fue durante el siglo XVIII en el que el arte de bien decir y escribir era considerado como factor esencial, los medios cultos más se dejaban influenciar por la forma elegante y mordaz de un Voltaire que por la validez y el rigor de sus razonamientos. Esta frivolidad, precursora de la Revolución francesa, no tardó en originar una reacción, y la retórica dejó paso a la erudición que adquirió cada vez más importancia durante el siglo XIX. Ya no se trataba de deleitar, convencer y conmover utilizando el arte de la retórica, sino de persuadir por

(2) Un estudio sobre la paganización de la enseñanza por la influencia de la cultura clásica se encuentra en la obra del abate J. Gaume *Le Ver Rongeur des Sociétés modernes ou le Paganisme dans l'éducation*, Paris, 1831. Reeditado en Canadá (ediciones Magnificat) 1973.

medio de argumentos científicos e históricos manejados con criterio racionalista y objetivo.

Este predominio de la erudición fue el origen del desarrollo científico y en el dominio de las ideas la base de numerosas obras apoloéticas que procuraban demostrar con argumentos científicos la credibilidad y la credentidad de la tesis o doctrina que se defendía. Pero también sirvió la erudición como medio destructor cuando se utilizaba no como auxiliar para buscar o defender la verdad, sino como ariete para destruirla.

El ataque más grave que se desencadenó en esta época contra la verdad católica fue el que en nombre de la erudición logró introducir la idea de que ésta no era un mero auxiliar de la retórica, sino el origen más seguro (el único para algunos) para buscar y obtener la verdad.

Uno de los autores más representativos de esta tendencia fue Ernesto Renan que a partir de datos históricos y desde el pináculo de su erudición doctoral, quiso presentar una versión original de los orígenes del cristianismo que destruía insidiosamente todos los dogmas y principios del catolicismo. El análisis objetivo y detallado de la obra de Renan (3) nos permite estudiar y poner de manifiesto las debilidades de este método. La erudición desarrollada por Renan sólo fue un instrumento para fundamentar y demostrar ideas preconcebidas, pues por muy completos y objetivos que sean los estudios de los eruditos siempre se desarrollarán en base a ciertas ideas fundamentales que establecen una jerarquía y una selección entre los numerosos y variados datos que manejan. La erudición, por sí sola, no puede llevarnos a la obtención de la verdad, no es sino un auxiliar de la retórica, es decir, un auxiliar de segundo orden en la confección y estructuración del discurso.

Siempre es la erudición cualidad personal privativa de cada autor; resulta, por lo tanto, limitada, pues cada uno establece en su memoria y en sus archivos un criterio de selección y una jerarquización de los

(3) Quizás el análisis más penetrante de la obra de Renan se encuentre en un libro poco conocido del abate R. F. Guéttée, *E. Renan devant la Science*. París, 1864.

datos, referencias e ideas. Pero el erudito que quiere tratar un tema determinado no puede limitarse a los datos que posee en su memoria, en sus archivos o en su biblioteca; tiene que utilizar el mayor número posible de referencias y así surge un auxiliar de la erudición que es la documentación.

La documentación y el predominio de la cantidad sobre la calidad.

Todos los eruditos han basado siempre sus estudios sobre la documentación, pero los documentos utilizados eran seleccionados y analizados por el mismo erudito que establecía entre ellos criterios de valoración cualitativa y adoptaba una actitud crítica y no aceptaba de modo indiscriminado los datos en ellos contenidos. Algunos eruditos llegaban a considerar que el exceso de documentación podía perjudicar o impedir los planteos originales, pues acababa por ejercer una influencia excesiva sobre aquellos que antes de estudiar un tema determinado querían recojer todo lo que anteriormente se había dicho sobre él.

Dos han sido los factores fundamentales que han contribuido a entregar a los eruditos en los brazos de la documentación: el crecimiento explosivo de la producción intelectual y la preponderancia de las ciencias físico-naturales.

El número de investigadores más o menos eruditos ha crecido de un modo exponencial en el mundo contemporáneo, la producción de libros, artículos y memorias ha aumentado y se ha ido acumulando de modo que ahora cuando se quiere tratar de un tema y, sobre todo, cuando se quiere hacer un estudio original, resulta necesario o por lo menos muy útil el conocer lo que ya ha sido publicado anteriormente. De aquí la idea que antes de empezar a trabajar sobre un tema determinado es necesario hacer una bibliografía lo más completa posible. Esta idea tiene plena justificación en el dominio de las ciencias físico-naturales, pues en ellas todo trabajo original debe basarse en lo conocido anteriormente y toda exposición de conjunto debe tener en cuenta el estado actual de los conocimientos. Como las

ciencias físico-naturales han sido las que han tenido más éxito y han adquirido más popularidad en las últimas décadas, os eruditos y escritores que se ocupan de cuestiones alejadas de la metodología de las ciencias físicas no han podido sustraerse a un cierto mimetismo con los investigadores científicos y han enfocado sus estudios de un modo parecido y la documentación ha adquirido un carácter cuantitativo, impersonal y acumulativo, lo cual, unido con el aumento de publicaciones, ha hecho muy difícil y a veces imposible a los eruditos continuar con los métodos antiguos.

Surgió así la idea de publicar revistas bibliográficas que diesen cuenta de las novedades y crear centros de documentación científica y técnica en los que se podía encontrar una documentación completa sobre el tema deseado.

La documentación científica y técnica ha adquirido caracteres muy particulares que han tenido hondas repercusiones sobre la documentación en general y han sido un factor no despreciable en la evolución de las ideas, tendencias y actitudes del mundo intelectual contemporáneo. Vale la pena que nos detengamos un momento a enunciarlas.

En primer lugar la documentación científica está constituida fundamentalmente por documentos monográficos (artículos de revista, memorias, informes, etc.) cuya finalidad es estudiar con detalle y profundidad casos particulares, resultados de observaciones o experiencias, en resumen, ideas aisladas o hechos concretos; son los *trabajos de investigación*, meta, justificación y gloria de los hombres de ciencia que en general contienen pocas ideas generales, pero sí datos muy precisos y análisis perspicaces.

Estos documentos de investigación proliferan actualmente en todos los países y su número aumenta de un modo exponencial llegando actualmente a rebasar la cifra fabulosa de un millón de documentos al año; cada diez años se duplica esta cifra de modo que muy probablemente en 1984 tendremos al año más de dos millones de nuevos trabajos de investigación.

Los investigadores, ante este número creciente de publicaciones, consultan preferentemente los últimos trabajos sobre el tema que estudian, de modo que los documentos tienen una vida corta, pues

nuevos descubrimientos, nuevos métodos o nuevas tendencias hacen que la mayoría de ellos resulten caducos al cabo de pocos años.

Estas tres características: atomización del conocimiento, crecimiento excesivo y caducidad, van invadiendo también, por el fenómeno de mimetismo de que hablábamos, otras actividades intelectuales, incluso el campo de la filosofía y de la religión. Abundan cada vez más estudios estadísticos, resultados de encuestas, monografías analíticas en sociología y psicología, crece el número de publicaciones que contienen estudios de "teólogos de renombre internacional" y las publicaciones de todos estos investigadores sólo son leídas (como les ocurre a los científicos) durante algunos meses después de su aparición.

En las ciencias físico-naturales y en la técnica, la clasificación de los documentos sólo plantea problemas de detalle de importancia práctica; en cambio en el resto de la producción intelectual y especialmente en la sociología, filosofía, política y religión la manera de ordenar, clasificar y presentar los documentos y las bibliografías puede adquirir gran trascendencia. Toda clasificación requiere unas ideas fundamentales, un criterio de jerarquización y ordenación y estas ideas y criterios pueden variar considerablemente según las tendencias de aquellos que manipulan, presentan y suministran la documentación. Las mismas denominaciones de las ramas del saber pueden ejercer una influencia sobre la actitud mental de los investigadores y los autores: así, por ejemplo, la sustitución del nombre de Facultades de Filosofía y Letras por Facultades de Humanidades que se va imponiendo en muchas universidades, marca ya una tendencia general que se refleja no sólo en la distribución y carácter de las enseñanzas sino también influye en la mentalidad de profesores y alumnos y, como consecuencia, en el enfoque de las publicaciones.

Toda clasificación de tipo jerárquico y lineal de los documentos como la conocida clasificación decimal, supone un criterio de valoración de las categorías taxonómicas y es la expresión de un sistema rígido. Resulta incompatible con la fluidez y la variabilidad de la producción intelectual contemporánea que abomina las más de las veces de categorías y jerarquías, busca mezclar conceptos, borrar límites y, con frecuencia, siembra deliberadamente la confusión. Así

han surgido otros sistemas de clasificación que han querido liberarse de sistemas rígidos y se pretenden objetivos pero que en la práctica han dado entrada a todos los subjetivismos de los "elementos rectores" o dictadores intelectuales que proliferan por doquier. Son las clasificaciones por facetes (Raganatan) y el uso de palabras-clave o descriptores.

Ya no se trata de encuadrar la producción intelectual en un sistema, ni se pretende establecer categorías, sino únicamente caracterizar cada uno de los documentos, átomos de cultura, por medio de nociones de referencia establecidas únicamente con la finalidad de que su búsqueda sea más práctica y la localización de todos los documentos referentes a un asunto más completa y rápida. Pero el manipular un conjunto fabuloso de documentos no organizados en sistema, resulta poco menos que imposible y para salir al paso de esta dificultad surgió un auxiliar de cuarto orden: *la informática*.

La informática y el condicionamiento de los espíritus.

La *informática documentaria* se basa en la constitución de inmensos ficheros registrados en una cinta magnética que puede ser explorada muy rápidamente y en la que se puede seleccionar las referencias por medio de criterios fijados por los usuarios. La explotación de estos ficheros tiene la particularidad de que los criterios de selección pueden combinarse de los modos más diversos, pueden unirse, excluirse o intersacarse de infinidad de maneras y la selección se hace a velocidades increíbles. Pero así como en la investigación científica y en la obtención de datos cuantitativos y técnicos, la informática está dando resultados sorprendentes y utilísimos, cuando se quiere transponer estos métodos a otras actividades surgen gravísimos problemas.

En primer lugar la máquina no puede dar más de lo que se le ha suministrado. Todo dato o documento será entregado por el ordenador de un modo automático cuando se le solicite de acuerdo con las normas previstas y ninguna relación y ningún matiz podrá obtenerse si no se ha previsto con anterioridad. Como las categorías, je-

rarquías y matices expresados por los documentos son susceptibles de apreciaciones infinitas, la búsqueda, para que sea fructífera, tendrá que ajustarse a las normas y categorías establecidas por el que ha introducido los documentos en el ordenador, en particular a los llamados "Thesaurii" que contienen los términos y sus relaciones que la máquina ha registrado.

Queda el usuario a la merced de las ideas y principios que han inspirado a los equipos encargados de introducir los documentos en el ordenador. Lo que se gana en rapidez y en número de datos, se pierde en apreciación personal y en valoración propia, puede perjudicar la originalidad de la producción intelectual y hasta insidiosamente influir sobre la orientación profunda de las creaciones.

El caudal de los conocimientos humanos no se puede reducir a un inventario o registro, a una suma informe e invertebrada de una superenciclopedia, por muy automática, rápida y completa que sea.

Todavía queda una quinta etapa en esta sucesión de medios auxiliares de la producción intelectual que estamos reseñando desde la retórica a la informática, pasando por la erudición y la documentación, y es lo que se llama ahora *la teleinformática*, o sea, la concentración en centros informativos mundiales de toda la producción escrita de la humanidad. Estos centros mundiales ya existen para ciertos tipos de documentos y ellos informan inmediatamente por medio de un sistema de terminales de televisión suministrando los datos y bibliografías que se piden por medio de un sistema telex. Fácil es imaginar las repercusiones que puede tener la aplicación de estos sistemas cuando sean ampliados y cuando se llegue, como quieren algunos, a ser necesarios para obtener información y documentación sobre un tema cualquiera.

Los autores quedarían entonces en dependencia directa de estos sistemas mundiales, pues todo el que no los utilizase estaría desfasado frente a los demás, y esta dependencia crearía un condicionamiento de las inteligencias, una influencia muy sutil pero efectiva de las tendencias ideológicas, políticas o religiosas de aquellos que han organizado y administran el sistema de información mundial. La teleinformática podría pasar de ser un auxiliar de la informática, es decir, un auxiliar de quinto orden, a un factor determinante en la orienta-

ción general de las ideas de la humanidad, un verdadero supercerebro mundial.

No existe peor inmovilismo que el dejarse llevar por la corriente y es hora de que, antes que estos sistemas nos ahoguen con sus cantos de sirena y sus himnos al desarrollo y el progreso, se difunda y se arraigue en la mente de todos que se trata únicamente de métodos auxiliares que no deben nunca influenciar y menos suplantar los fines fundamentales de la producción intelectual.

Nadie discute la utilidad de que un computador central informe a todas las agencias con exactitud y rapidez sobre el número de plazas disponibles en un avión cuando vamos a emprender un viaje, pero estos medios poderosos son discutibles cuando pueden servir de instrumentos para condicionar, manipular y dirigir la opinión mundial y ejercer una influencia sobre los autores. Es bueno que se pueda obtener datos abundantes rápidamente por medio de computadoras pero estas facilidades no nos deben hacer olvidar que el manejo directo de los documentos y la búsqueda personal en archivos y bibliotecas no podrá ser nunca sustituida por los datos escuetos que salen en una pantalla de televisión.

No se puede, ni se debe, despreciar la documentación, pues es indispensable para todo trabajo intelectual serio, pero hay que tener en cuenta que un exceso de documentación mal seleccionada puede hacer perder la espontaneidad y la independencia de criterio.

Es imposible dejar de un lado la erudición, pues es gracias a ella que nos ponemos en contacto con las producciones de los autores anteriores a nosotros y podemos valorar y comparar nuestras producciones, pero no es la erudición el factor exclusivo, sino un mero auxiliar y un apoyo para nuestras creaciones. Tampoco podemos despreciar la retórica, pues el arte de bien decir y de bien escribir es necesario para hacernos entender correctamente por nuestros auditores y lectores.

Pero por encima de todos estos auxiliares están las ideas que inspiran el discurso o la obra literaria o científica; los métodos por poderosos y atractivos que sean no deben influenciar la preocupación y cuidado por ajustar la actividad intelectual a la verdad y la bondad de los fines perseguidos.